



Homilía en el funeral de la Sra. Isabel Yagüe. Parroquia de San Leonardo (Soria) – 1 de febrero de 2021

Saludo a los sacerdotes concelebrantes, especialmente a José Antonio, hijo de la fallecida Isabel, a los familiares aquí presentes, a todos hermanos en el Señor:

Si hay una certeza es que, frente a la vida, existe la muerte. Y la muerte no para. La pandemia del Covid nos está dejando mucho dolor, muchas ausencias y nos está trayendo una auténtica desolación a las familias que han sufrido la enfermedad y, en tantas ocasiones, la muerte. Pero el número elevado de fallecimientos no es para nosotros un consuelo. Porque cada persona es única ante Dios y es única para cada uno de nosotros. Isabel ha sido esposa, madre, abuela... y ese ser relacional es irrepetible.

Ante la realidad de la muerte, quiero transmitir una palabra de esperanza. Esperanza que nace de la misma realidad vivida por vuestra madre Isabel, la cual se quedó viuda hace muchos años y no llegó a perder el valor ni el sentido de la vida ni de la fe. Al contrario, continuó entregada a la familia, a una familia numerosa y, como hemos escuchado en el Evangelio, se hizo la misma pregunta que los dos discípulos que seguían a Jesús: “Rabbí (que equivale a “Maestro”), ¿dónde vives? (Jn1, 38). Evidentemente no es la pregunta por un lugar específico, sino que nos lleva a algo mucho más profundo: ¿Señor, dónde te podemos encontrar? ¿dónde podemos estar cerca de ti?

Sin duda, La respuesta de Jesús es muy directa: “Venid y lo veréis” (Jn1, 39). Es decir, sígueme y pon en práctica los valores del Evangelio. Y esto es lo que hacemos en la comunidad eclesial a través de la lectura de la Palabra de Dios y de la catequesis; de la celebración de los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía, donde Jesucristo se hace sacramentalmente presente como alimento del cristiano que peregrina aún en este mundo; también en el ejercicio de la caridad, siempre buscando el bien de los demás, de los más pobres como son los enfermos, de los que viven en soledad...

En efecto, esta realidad de entrega y amores muy hermosa. Pero para muchas personas la muerte lo destruye todo y sienten que acaba con cualquier anhelo que llevamos en el corazón. En estos momentos de encrucijada vital, surgen muchas preguntas ante el después de la muerte que llevan a dudar de la necesidad de una vida cristiana: de una vida de fe fundamentada en la Palabra de Dios, en la inserción del misterio de Cristo a través de los sacramentos y de una vida de fraternidad.

Jesús y el Evangelio nos dicen todo lo contrario: la muerte cristiana es la rúbrica de una vida de búsqueda y entrega al Otro y a los otros. “Y aquel mismo día se quedaron a vivir con Él” (Jn1, 39). Morir a esta vida es quedarse a vivir para siempre con Jesús y con todos aquellos con los que hemos compartido la vida de Jesucristo. La muerte, leída en profundidad desde la fe, es el paso para participar plenamente de la vida del Hijo de Dios al que hemos buscado. Es entrar a vivir en sintonía de corazones con Jesús en la Iglesia celeste. Éste es el fundamento trascendente de la Esperanza. Por la fe estamos seguros de que el Padre da respuesta a todos los interrogantes que surgen en nuestra vida. Nuestra certeza brota de la fe en Jesús Muerto y Resucitado para nuestra salvación.

Queridos hermanos. La muerte es maestra de la vida y hoy la muerte de Isabel nos lleva a afirmar que darse al otro y la entrega generosa no caen en el vacío; que no se pierden en el silencio tantas búsquedas de Dios, que no es vano ningún esfuerzo por humanizar la vida de los demás.

Termino con una palabra unida a la Esperanza, y es la palabra Comunión. Habéis vivido la comunión con vuestra madre como familia donde se cultivan los valores humanos y cristianos. No olvidemos el texto tan precioso de Lumen Gentium en el que llama a la familia Iglesia doméstica (n11): “los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y su ejemplo...”.

Una comunión acrecentada en estos últimos tiempos de su vejez en los que ha llegado la enfermedad. La habéis acompañado y sostenido en su debilidad. Hermanos, por paradójico que parezca, esta comunión no se ha terminado. Es ahora cuando comienza esa misteriosa comunión entre la Iglesia que peregrina en la tierra y la Iglesia celeste. Y es en esta comunión en la que pedimos por los difuntos, para que tengan el encuentro purificador con Cristo, de manera que borre los pecados de esta vida. Ya que entre todos existe una solidaridad y una comunión en la que se fundamenta la oración.

Os pido que salgamos reconfortados de esta celebración. Así nuestra vida tendrá un horizonte más amplio y nuestra fe cristiana aún más vigor.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria